

CAPÍTULO V

EN MONTEVIDEO

Mi llegada a Montevideo fue recibida con cariño y alegría; allí se encontraban muchos de los compañeros y amigos de la Argentina, que como yo, habían sido deportados. Entre ellos estaba Virginia Bolton, que también fue deportada en 1907 pero como era uruguaya, se radicó en Montevideo con su buen compañero Manrique. También estaban Castrillejos, Berri, Ucha, Troitiño y tantos otros que festejaron mi llegada de regreso al Uruguay, en momentos en que era grande la actividad de los anarquistas en ese país y el movimiento obrero era un valor representativo de los trabajadores, con todos sus gremios bien organizados y mejor orientados por los anarquistas, que tomaban parte en sus filas y en su orientación.

Nos reuníamos a la salida de las reuniones y conferencias, en un café de la Plaza Independencia que fue célebre: se llamaba *El Polo Bamba*. Nos sentábamos en sus mesas gran número de compañeros, y a su alrededor se veían figuras de un gran valor intelectual e ideológico como ser Leoncio Lazo de la Vega, Florencio Sánchez, Herrerita, Acha y muchos otros. De allí salían muchas veces manifiestos y artículos para periódicos que se escribían y publicaban en esos momentos, mientras se discutían todos los problemas sociales entre café y café, se aclaraban conceptos y se pasaban momentos de franca camaradería y afecto. En el Centro Internacional se realizaban actos casi diariamente. Este era un gran salón con un escenario adecuado para estos actos, y algunas habitaciones que eran dedicadas a las secretarías. Se encontraba este salón, al que se llamaba la Casa de los Anarquistas, en pleno centro de la ciudad, esto es, en la calle Río Negro y Maldonado. Por allí desfilaron con sus conferencias, controversias y actividades, todos los anarquistas del Uruguay y

de la Argentina, intelectuales o no. La *Federación Obrera Regional Uruguaya*, que en el año 1909 tenía un movimiento obrero bien organizado, realizaba sus funciones y grandes actos en el Centro Internacional, y allí diariamente nos encontrábamos los obreros, los anarquistas y los intelectuales. En los primeros días de agosto de ese año, nos reuníamos varios compañeros, entre ellos Tejeira, Castrillejos, Aquistapache, Troitiño y Barrajón, y discutimos la necesidad de contar con un nuevo periódico anarquista. Todos concordábamos que el momento era oportuno para su aparición y su éxito era seguro, como así fue. Se acordó como nombre "*La Nueva Senda*". La redacción y administración estaba en mi casa, y yo figuraba como directora; un éxito grande fue su aparición. Las mejores plumas de aquella época reflejaban en sus páginas un contenido literario e ideológico de un gran valor y adecuado al momento que se vivía en aquella época en Montevideo. Los hechos que se sucedían en España, el proceso a Francisco Ferrer, la prisión de una cantidad de militantes españoles, mantenía latente la atención y la pluma de los compañeros, y las páginas de nuestro periódico, que salía quincenal, reflejaban toda la arbitrariedad e injusticias que se estaban cometiendo en España. De pronto llegó la noticia de que Francisco Ferrer Guardia sería fusilado. Conmovió la noticia a todo el periodismo uruguayo; el Partido Liberal que en esos momentos presidía Medina, y la gran escritora y conferencista Belén Sárraga, publicaron un manifiesto acusando al gobierno español por el crimen que se iba a cometer. Todos los diarios dedicaron sendas columnas, haciendo la apología de Ferrer. Los anarquistas iniciamos una campaña de conferencias y sacamos un número extraordinario de "*La Nueva Senda*". La actividad en el Centro Internacional era enorme y todo Montevideo se movilizaba en pro del gran maestro, fundador y sostenedor de la "*Escuela moderna*".

Se recibió la noticia de que el día 13 de octubre sería el fusilamiento de este hombre que había movilizado al mundo. La cléricanalla, el clero todo, exigió al gobierno español que fuera fusilado. El maldito castillo de Montjuich, tenía entre sus paredes a nuestro querido maestro. Ferrer fue un hombre que sacrificó su vida y su fortuna en bien de la humanidad. El clero y el gobierno español tenían que cumplir su obra destructora y hacer desaparecer al hombre que esclarecía por medio de la educación las mentalidades oscurecidas y supo penetrar en el corazón del niño, abriéndole ante sus pasos el nuevo surco de la vida.

De común acuerdo el partido Liberal, el partido Socialista, la Federación Obrera Regional Uruguaya y el Centro Internacional, organizaron un mitin para el día 13, el mismo día y a la misma hora en que se iba a fusilar a Ferrer. Fue un mitin monstruo, todo Montevideo se encontraba allí presente, sin diferencia de ideologías ni de condición social. El anuncio del fusilamiento del gran maestro había conmovido a todos los corazones. Miles de personas desfilaban por las calles 18 de Julio, Sarandí y Colón, y al llegar a la explanada Maciel, hubo que formar cuatro columnas, pues era tanta la multitud, que con una sola tribuna no hubiera sido posible oír la palabra de los oradores, ya que en ese tiempo no se conocían los micrófonos. Desfilaron por la tribuna los mejores oradores del Uruguay, Leoncio Lasso de la Vega o sea Usal, seudónimo que utilizaba en el diario "El Día", donde formaba parte del cuerpo de redacción. Por el partido Liberal hablaron Medina y Belén Sárraga; por los anarquistas, Herrerita, Fabbri y Campos; por el movimiento obrero de la F.O.R.U., Acha, Suárez y Ucha, y por el partido Socialista, Emilio Frugoni y muchos que no recuerdo, ajenos al movimiento pero identificados en ese momento ante el hecho criminal y arbitrario del gobierno español, que levantó la protesta internacional de todos los hombres y mujeres del mundo con dignidad. Los intelectuales de América y sobre todo los del movimiento anarquista que en aquellos momentos era fuerte y contaba con hombres de la capacidad de Luis Fabbri, Pascual Gualyanoni, Pedro Casas, Basterra, Eduardo Gilimón, Pedro Maino, Ghiraldo, Falco, González Pacheco, Minotti, Equistapache, Antonio Loredo y tantos otros, inundaron con su pluma y su palabra los actos públicos que se realizaban en los locales obreros y en el Centro Internacional. En todo el movimiento se destacaba la actividad ejemplarizadora de María Collazo y Virginia Bolten, y junto a ellas me encontraba yo en todo lugar donde se realizara un acto público. También ese día estábamos junto a ese pueblo valiente en la explanada Maciel donde se destacaba una cantidad importante de mujeres como pocas veces he visto. Entre ellas recuerdo a Juana Casas, las hermanas Cossito, la compañera Tamoine y un número considerable de mujeres que sosteníamos un letrero grande que tomaba de vereda a vereda y que decía: "*Los delitos de Francisco Ferrer*". En él estaban colocadas todas las obras de la "*Escuela Moderna*"; ése era el símbolo más elocuente de la inocencia y la capacidad de Ferrer y una

demostración del por qué el clero y el gobierno español fusilaban a tan grande pensador.

Yo no había sido designada para hablar en ese acto; otras misiones de organización del acto me habían sido encomendadas, pero voces surgidas de la multitud pidiendo que hablara, me obligaron a hacerlo. Poco fue lo que dije, pero eso sí, recuerdo que le dije a aquella enorme multitud que había un representante de España en el Uruguay y que era a él al que había de pedirle cuentas de la vida de Francisco Ferrer. No fue necesario repetirlo, estaba en el ánimo de todos los presentes, y al grito de ¡a la embajada!, ¡a la embajada!, se encaminó toda esa multitud seguida por la policía, que era impotente para detener a los manifestantes. Al llegar a la calle Pérez Castellanos y 25 de Mayo, la policía quiso hacer un cordón para que los manifestantes no pudieran pasar, pero todo fue inútil. La multitud, por debajo de los caballos y al grito de ¡a la embajada!, ¡a la embajada!, tomó por 25 de Mayo. Es que en esa multitud había una conciencia bien clara del crimen que en esos momentos se estaba cometiendo en España, con la complicidad del clero y de los gobernantes de todos los países. El fusilamiento de Francisco Ferrer fue el querer ahogar en sangre el ideal de justicia que él había propagado y enseñado en sus libros y en su "*Escuela Moderna*". Los hombres conscientes y libres, estaban desesperados al ver retrotraer al tiempo de Torquemada a la humanidad, fusilando a un hombre que no había cometido otro delito que el gastar toda su fortuna en fundar escuelas para educar a los niños y defender al hombre de la ignorancia y de la explotación del hombre por el hombre. Por eso esa multitud se defendió con calor y conciencia del ataque policial que defendía a los asesinos de España. Al llegar a 25 de Mayo y Treinta y Tres, que es donde se encuentra el edificio de la embajada española, el escuadrón de seguridad de la policía y los bomberos aguardaban la llegada de los manifestantes, y se inició un recio tiroteo, que duró varios minutos, entre manifestantes y policía, que dio como saldo doce heridos de la policía y dos de los manifestantes. Naturalmente, como se ve, la policía llevó la peor parte, y eso los sacó de quicio; los allanamientos y prisiones se iniciaron en el acto, y esa misma noche detuvieron en sus domicilios a varios anarquistas, entre ellos a Pedro Casas, Corney, Testa, Vidal y otros varios. A la mañana siguiente vinieron a mi casa dos policías de particular a decirme que el señor Brizuela, que era el jefe de Orden Social de Montevideo, quería

hacerme algunas preguntas, y por lo tanto me pedía que me presentara en el Departamento de Policía antes de las diez de la mañana; yo suponía que era para detenerme, y no me presenté. Esa mañana llegaron a mi casa varios amigos organizadores del mitin y me dijeron que no me entregara, que el doctor Schafino, abogado que se ocupó del proceso, iba a tratar de arreglar las cosas. Yo tenía en la calle Reconquista y Pérez Castellanos un taller de planchado y allí estaba la redacción y administración del periódico "La Nueva Senda", que desde mi llegada a Montevideo sacábamos con un grupo de compañeros. La situación era comprometida porque en mi poder se encontraban los libros, sellos y todo lo concerniente al periódico, que en ese momento tenía un tiraje bastante importante. Como mi taller estaba en la sala, con ventanas a la calle, nos daba facilidad para desde ellas, observar las ideas y venidas de la policía, la que, como yo no me había presentado, esperaba el momento oportuno para detenerme.

Yo tenía una chica negrita a la que le estaba enseñando el oficio y como en la casa vivían varios vecinos, no podían prohibir la entrada y salida de la gente; pero observaban, eso sí, si era yo la que salía, cosa que tuve buen cuidado de no hacer. A las dos de la tarde vinieron a preguntarme por qué no me había presentado, y después de darle algunas excusas y prometerle que lo haría al día siguiente, me dijeron que tenían orden de poner un imaginaria. Desde aquel momento el vigilante iba y venía de un lado a otro, controlando quien entraba y salía. Comprendimos que de un momento a otro vendría el allanamiento y que era necesario sacar de casa todas las cosas del periódico, y así lo hicimos. La chica que yo tenía de aprendiz entraba y salía con paquetes de ropa, y en su interior fuimos poniendo todo aquello que pudiera perjudicar. Pensamos, de acuerdo a las indicaciones del doctor Schafino, cómo podría salir yo sin que me vieran los que vigilaban la casa. La compañera de Tamoyne, que vivía a la vuelta de casa, se puso el batón que yo había usado todo el día, y yo me vestí con un regio traje masculino y un sombrero de esos de ala ancha que se usaban en aquel tiempo. Me quedaba tan bien el traje que parecía haber sido confeccionado para mí, y mientras la compañera Tamoyne salía corriendo en dirección a su casa, yo salí acompañada por dos compañeros fumando un cigarrillo en dirección contraria. El policía, tal cual habíamos pensado fue tras la Tamoyne pensando que era yo, y cuando regresó a ocupar su puesto frente a la

puerta, yo ya estaba lejos, pues a las dos cuabras de casa me esperaba un auto.

A las dos horas, es decir a las ocho de la noche vino la policía con la orden del juez para hacer el allanamiento. Revolvieron toda la casa, me buscaron por todos los rincones, y claro está, no pudieron encontrarme. Al día siguiente todos los diarios matutinos y vespertinos comentaron mi fuga, y algunos lo hicieron con frases hirientes para Brizuela como jefe de Orden Social. Unos decían que me había escapado vestida y pintada de negro, otros por el techo disfrazada de bombero, en fin, cada uno decía lo que le parecía, sin saber en realidad cómo fue la fuga; lo cierto es que yo estaba lejos y segura y que la policía quedó esperándome.

La policía, rabiosa por la burla de que fue objeto en los diarios, empezó a allanar la casa de muchos compañeros donde suponía que yo podía estar, pero siempre fracasaron. Brizuela llegó a ofrecer por intermedio de los diarios 200 pesos como recompensa al que me delatara. Pero no hubo ningún delator. El día 23 de octubre, es decir a los pocos días de mi fuga, Leoncio Lasso de la Vega publicó en el diario "El Día", los siguientes versos que pusieron en ridículo a la policía:

Es cosa que descensuela,
ver que se vuela la Buela
con tanta descortesía
que es como si en este día
le arrancaran una muela...
o dos a la policía.

Yo sé el caso peregrino
que ha resultado divino;
y no es como se ha contado,
que se hubiera disfrazado
con un traje masculino.

El hecho es tal, ¡Vive Dios!
que recordarlo me alegra,
entró en su casa una negra
después, otra negra en pos;
y el cabo murmuró, "dos".

Pero el cabo corifeo
que no estudió en Salamanca,
no advirtió por lo que veo
que dos negras en solfeo,
equivalen a una blanca.

Y el cabo de policía
le dijo al que lo seguía:
—No olvide, amigo por Dios
que en la casa de la impía
entraron dos negras... Dos.

Quedóse inmóvil y tieso
como estatua, el vigilante,
y con soberbio desplante
miraba el portal de yeso
con las dos negras delante.

Las negras charlotteaban,
al mirarlo se reían;
como cotorras gritaban
y de rato en rato entraban,
de rato en rato salían.

Después las negras
volvieron siempre charlando
y se fueron caminando
hacia adelante;
los ojos del vigilante
del portal no se movieron.



Y sin duda se decía
el astuto policía
bien seguro estoy: ¡Por Dios...
de la casa de la impía
salieron dos negras... Dos!

Pero el pobre corifeo
que no estudió en Salamanca,
no advirtió, por lo que veo,
que dos negras, en solfeo,
equivalen a una blanca.

Y así fue, pues la blanquita,
que era una presa exquisita,
con la negra se marchó;
y en la casa se quedó,
muy fresca la otra negrita.

Y mientras vuela la Buela
por esas calles de Dios,
se repite el centinela:
salieron dos negras... Dos!
Mas, cual no fue su sorpresa
cuando vio con ansiedad
que salió la otra negra;
y era negra de verdad.

Y esto que el corifeo
que no estudió en Salamanca,
nunca supo, según creo,
que dos negras en solfeo
equivalen a una blanca.

Y a pesar del centinela
Juana Buela se les vuela
con tante descortesía,
que es como si en ese día
le arrancaran una muela
o dos a la policía.

Hay un juego de muchachos
en que dice el más experto:
—Vuela el ave, vuela el tacho!

Y hay que volar sin empacho
cuando lo que dice es cierto.

—Gato, vuela!, dijo alguno;

—Negra, vuela!, otro gritó;

y otro dijo: ¡Juana Buela!
y en efecto... se voló...
mientras que el buen centinela
como un pavo en la puerta se
(quedó).

Leoncio Lasso de la Vega

Como es natural, esta poesía de Leoncio Lasso de la Vega publicada en el diario "El Día", puso a la policía furiosa, y allanaron una cantidad de casas de compañeros, pero siempre infructuosamente. Durante mi fuga, pasé momentos un poco malos, pero era tanta mi satisfacción, que los compensaba ampliamente. Se formó un comité pro-presos que se encargaban de mantenerme prófuga, y de los presos, que eran varios, entre ellos Corney, Pedro Casas, Adrián Troitiño, Berri, Testa y otros. Heridos sólo fue Troitiño, que estuvo en el hospital, pero no grave, y otros varios de pedradas; en cambio, la policía tuvo doce, tres estuvieron graves y otros cuatro leves, y los restantes heridos de pedradas, entre éstos Brizuela, que fue alcanzado con una piedra en el estómago.

De la "Nueva Senda se hizo cargo la compañera Collazo y algunos de los compañeros que ya formaban el cuerpo de redacción, pues otros estaban presos.

A los pocos días de los acontecimientos del mitin de Francisco Ferrer y de mi fuga, apareció un número extraordinario de la "Nueva Senda", donde se comentaban los hechos acontecidos y daba los nombres de los compañeros presos y heridos y se hacía un relato de mi fuga, obligada por la persecución de la policía. En primera página decía: "¿Qué se quiere con la Buela? ¿Por qué se la busca con tanto empeño?, ¿Qué se trama a la sombra de un juzgado de instrucción contra una humilde obrera? Juana Buela no ha cometido ningún delito punible, es falso y nadie podrá probarlo que la Buela haya incitado a los manifestantes a ir a la Legación de España. El barullo fue provocado por los policías vestidos de paisanos que abundaban entre la multitud. No saldrán con la suya, estamos seguros, a nuestra compañera la capturarán cuando ella quiera entregarse, y si no, que le echen un galgo". Esto y otros comentarios se hicieron alrededor de mi fuga, que fue todo un éxito. La actividad de los anar-

quistas y del movimiento obrero en el Uruguay y sobre todo en Montevideo, era enorme en ese año; casi todos los gremios estaban organizados y su orientación era revolucionaria. La *Federación Obrera Regional Uruguaya* tenía y seguía la misma orientación que la *Federación Obrera Regional Argentina*, y en el seno de su Consejo Federal, habían muchos que habían sido deportados o estaban de paso de la Argentina. En el Centro Internacional se realizaban todos los días reuniones, conferencias y controversias sobre hechos y temas de actualidad. Al igual que en la Argentina, había un ambiente bastante favorable en el pueblo y toda la clase trabajadora. Yo anduve dando vueltas como dos meses, pues a cada rato había que salir disparando porque la policía empezaba a rondar la casa donde me encontraba. El compañero Equistapache, que era del Comité, le propuso a los compañeros y me lo comunicaron a mí, llevarme a casa de su suegra, que era una catalana magnífica y le alquilaba una pieza al chofer de Brizuela, el jefe de Orden Social. Se calculó que allí era un sitio muy seguro pues nunca la policía iba a imaginar que yo estuviera en la casa donde vivía su propio chofer. Se lo propusieron y la señora aceptó tenerme en su casa, pues todos suponíamos, de acuerdo a lo que decía Schiafino, el abogado, que de un momento a otro se iba a arreglar el asunto. Al llegar a casa de esta señora, convinimos en decir que me llamaba Luisa Rodríguez y acababa de llegar de Minas. Me transformé en una prima hermana de esa señora que venía muy enferma de reuma para hacerse un tratamiento en Montevideo y cambiar de aire por recomendación de los médicos.

Esto fue aceptado y comprensible para el chofer y su señora, que me llenaban de atenciones, pues lo que ellos menos pensaban era la verdad de las cosas, que sólo después de un tiempo supieron. Allí permanecí dos meses, pero el proceso no se resolvía y era imposible seguir esa vida, sin poder salir a la calle y siempre esperando de un momento a otro a la policía.

Se habló con Schiafino y se pensó cómo podría yo trasladarme a la Argentina, pues él aseguraba que mi delito era considerado como delito de asonada, y por eso no había extradición.

Vino mi cuñada de Buenos Aires con una sobrina mía que tenía dos meses, y los compañeros sacaron dos pasajes de primera, y yo, con un vestido de riguroso luto, con mi crespón en la cara, que en ese tiempo

se usaba, embarqué con mi sobrinita en los brazos, sin que nadie me dijera nada, pues en esa época no se necesitaba documentación para viajar. Al llegar a Buenos Aires bajé de la misma forma con todo éxito y por fin ya estaba libre, después de más de tres meses de intranquilidad y de andar de un lado para otro.

Me sentí muy contenta entre mi familia, con la que pasé unos días y mi madre estaba feliz de tenerme a su lado. Ella andaba haciendo los trámites para la anulación de mi deportación del país, pues un abogado le había asegurado que era factible por el hecho de que había sido deportada siendo menor de edad; pero eso estaba en trámite y no estaba resuelto, así que había el peligro de que me pudieran detener y expulsar de nuevo. Ante ese peligro fue que adopté cambiar de apellido y desde ese momento me llamé Juana Rouco. Me fui a vivir a La Plata para evitar el encuentro con varios compañeros y amigos que hasta que se arreglaran las cosas podrían perjudicarme. En La Plata me encontré y conocí a muchos compañeros: Fernando del Intento, Zaneta, José Grisoli y otros varios.